

Náufrago de la barca
que el temporal deshizo
en la mar cortesana,
arribando, maltrecho,
en la serena playa
de *La Millona*, dehesa
que fecunda el Guadiana.

Por la sin par Dolores,
mujer, llena de gracia,
señorial en su porte,
hacendosa en su casa,
honesta en sus costumbres
y llevando en sus blancas
manos, el pan al pobre,
con caridad cristiana.
¡Dolores! La que a César,
con su cariño salva!

Por ese idilio tierno
que empiezan las miradas
y enojan los suspiros
y bordan las palabras
que César y Dolores,
van tejiendo con pausas
tormentosas de celos

Abril, 1952.

y altiveces de casta
y despegos crueles
por dudas infundadas...
¡Todo ese fuego oculto
donde el amor se abrasa
entre dolor y gozo,
y sonrisas y lágrimas...

Por el tono elevado
privativo del alma
del egregio poeta
y prosador. Su gracia,
que es ternura, emoción,
sentimiento, fragancia
de ese lirio divino
que es la fé; la que salva
difundiendo fervores
y claridades santas.

Por eso me conmueve,
me seduce y encanta.

¡Porque el alma extremeña
estremece sus páginas,
y se siente fluir
la Sangre de la Raza.

MANUEL MONTERREY



TERCERA PALABRA

¡MULIER, ECCE FILIUS TUUS!.. ¡ECCE MATER TUA!

SOBRE el profundo zafiro del cielo incopiable de Galilea destaca su contorno el edificio armonioso y claro de la Sinagoga. En la calma perfumada de la tarde primaveral semeja una paloma que se quedó dormida, soñando inocencias, sobre la mancha ocre del caserío nazareno, recogido y humilde.

Es un sábado, día ritual de descanso y plegaria. El día de Yahwe, el Señor Dios de Israel. Y es un sábado cercano a la gran Pascua...

Dentro de la Sinagoga la estancia, sobria y escueta, desborda de creyentes dispuestos a escuchar la palabra del Volumen Santo. Va a dar comienzo la lección sacra. El Rabbí, o maestro, está ya sobre la plataforma. Es una figura macerada y ascética y su rostro, enmarcado en la plata ondulante de la barba mosaica, tiene la fina transparencia del marfil antiguo... Cerca, el Hazzán va disponiendo pausadamente los rollos de pergamino bermejo donde perdura la palabra de Yahwe, que el Rabbí debe leer aquella tarde.

Hay un silencio pasmado, anhelante... La voz del Rabbí entonada y solemne formula la fe y recita la plegaria ritual. Luego el Hazzán pasa a sus manos el rollo que contiene la Ley.

El silencio se ahonda hasta tornarse pungente, casi doloroso... La voz del Rabbí, ahora más penetrante y algo monótona, vuelve de nuevo a llenar la estancia... Y leyó: «...el cordero será sin mancha»... «y lo tendréis guardado hasta el día catorce de este mes, y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde»... Y el silencio se adelgaza, se afina cada vez más...

Vuelve a leer el Rabbí... Y su acento trae el eco lúgubre de la tremenda profecía: «Yahwe cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros»... «Y ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá posteridad».

La voz del Rabbí se quebró de pronto. Sin saber de donde, un grito —más que palabra humana, el trino dulcísimo de un ave herida empapada de angustia— se fundió con las últimas palabras del Rabbí: «¡Madre!»...

II

Sobre el horizonte, inflamado en la llama purpúrea de la tarde que muere, se recortan las siluetas adorables... Un niño... Tendrá nueve años, diez años... Blanco y rubio, como un sueño celeste; sus ojos garzos, inmensos, reverberan toda la luz misteriosa de un mun-

do lejano y sobrenatural. Camina despacio al lado de una mujer esbelta, bellísima, que va dejando tras de sí en la brisa fragante de los campos en flor una estela impalpable de pureza. Detrás, como custodiándolos, un hombre joven, de apostura noble y franca de trabajador. Su alma entera parece que la lleva prendida de los pasos que dan aquel dulce niño y aquella bellísima mujer.

Vienen de la Sinagoga y se dirigen hacia su modesto albergue en las afueras de Nazareth, que es morada y taller al mismo tiempo. Siguen caminando lentamente; de pronto el grito dulcísimo empapado de angustia; —«¡Madre!»—, vuelve a gemir el niño. Y la brisa perfumada le agita la cabellera blonda como un incendio de oro. La madre entonces, la mujer esbelta y bellísima, lo atrae hacia sí con un gesto de ternura indecible...

Y siguen caminando en la calma enigmática de la tarde que muere.

III

¡Gólgota!.. ¡Calvario!.. ¡Tierra judaica, hosca, pelada, lugar de justicia y de oprobio! Día sagrado de los ázimos... Al filo de la hora sexta, mientras el sol declina, todo el Calvario está lleno de desolación. Desde Jerusalén, mirando a Occidente, la montaña fatídica parece un deforme cráneo, lívido y espectral, entre una pesada bruma de vapores cárdenos, sangrientos.

Bajo el cielo absoluto e impenetrable como un sudario de bronce, el Justo agoniza levantado en su cruz. En una divina embriaguez de amor doloroso hacia el linaje proscrito de Adán, el dulce Rabbí galileo de los ojos garzos, inmensos, va consumando «el supremo sacrificio de eterna redención» lentamente, refinadamente; gustando uno a uno todos los matices sutiles que, en infinita gama, el sufrimiento humano encierra... Porque es el Cordero del sagrado Libro, Sacrificador y Víctima a un tiempo mismo.

A sus costados, debatiéndose locos con alaridos de fiera torturada, dos malhechores en sendas cruces de suplicio blasfeman y maldicen. Uno de ellos ha escuchado una extraña palabra que es perdón y promesa... Ya no blasfema... Lloro, padece y «sueña» en silencio.

Cristo, el divino Rabbí crucificado, pasea en torno sus ojos garzos, inmensos. Y oye sarcasmos; contempla defecciones, olvidos, cobardías, ingratitudes lacerantes... Mientras, la congoja física crece hasta el paroxismo en el pecho del Mártir. Un rictus comatoso le asfixia. La fiebre devoradora le va clavando en la garganta sus garras de sed. Las arterias, que llevan por el cuerpo la dulzura de la vida, se vuelven dogales que enloquecen... Y luego, la angustia intolerable del vacío; vacío arriba, odio en la tierra; abandono indecible; horroroso vacío, total, cósmico, que va entenebreciendo su alma de hombre... Y la mirada de sus ojos garzos, inmensos, al clavarse en el cielo lo encuentra indiferente, yerto, lejano... «¡Padre!.. ¿Por qué me has abandonado?»...

El divino Rabbí crucificado vuelve a mirar en torno a su cruz... Y la mirada de sus ojos garzos, inmensos, se ilumina con un fulgor de consuelo. Está allí, firme, serena, a su lado, junto a la cruz, esbelta y bellísima como nunca, porque es mujer nimbada de la solemne majestad de la Madre que sufre y ungida de la gracia celeste de la Virgen que ama... Junto a Ella, el único amigo, Juan, el discípulo, que es ya maestro de amor y de lealtad.

Y de la Cruz descenden, como cálido rocío fecundo, estas palabras, sublime testamento del Rabbí:—«¡Mujer, he ahí a tu hijo!»... «¡He ahí a tu Madre!».

Y la Virgen, la Madre del divino Rabbí de Galilea, atrae a sí a Juan, y llora entonces sobre su noble pecho.

ELOY SORIANO. Pbro.



LA NOCHE

La noche se puso su florón de plata

y arrullada con el beso del silencio,

durmió en la nada de las tinieblas,

y voló en sus aires la brisa rizada

de los sueños.

BENITO LOPEZ-MATEOS SANCHEZ